

CAPÍTULO XXI

El Café del Progreso

Hos que han vivido en México, recordarán que hace algunos años no se conocía más que la nieve de rosa y de limón de la antigua y venerable nevería de la calle de San Bernardo; nieve áspera y cargada de azúcar. Un italiano trató de mejorar este ramo, y comenzó á hacer los famosos helados que se vendían en la calle del Coliseo, en el café de *Veroli*, que era el nombre inmortal del autor. Veroli hizo, según cuentan las crónicas, su bonito caudal, y se marchó á su tierra; pero ya dejó establecida y acreditada la casa, que después, con diversas mejoras y composturas, se llamó *Café del Progreso*.

El nuevo propietario puso un tejado de cristal sobre el patio, revistió de madera las gruesas columnas que sostenían un corredor cuadrado, colocó en el fondo un aparador surtido de cuanto apetecían y acostumbraban

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. V.

tomar los parroquianos, y todo esto lo pintó al óleo, medando los más exquisitos y fantásticos mármoles, con esta mejora quedó el lugar más elegante y más de moda de la ciudad. Como el mundo marcha, nuevos cafés con mejores y más vistosos adornos, se establecieron en competencia, y el *Progreso*, aunque nunca ha dejado de ser un establecimiento acreditado, seguramente puede ya figurar en primer término.

En la época de que vamos hablando, el café, lo mismo que entre los orientales, era el sitio de reunión de los hombres de mundo y de negocios, y por consiguiente, todos los días, desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, presentaba el *Café del Progreso* un espectáculo animado é interesante.

En uno de los salones se jugaban partidas de billar no como quien dice, por *chambones*, que trataban de hacer hora de que comenzase el teatro, sino por lo que podríamos llamar notabilidades, que repetían sin soltar el taco, hasta ochocientas y mil rayas. Como las partidas eran sostenidas por dos jugadores igualmente hábiles, las apuestas eran cuantiosas, la atención profunda, el silencio completo durante las jugadas, y las jugadas mismas tan variadas é interesantes, que absorbían la atención de los espectadores.

Las mesas redondas de mármol, que ocupaban el gran salón, estaban llenas de grupos: un par de viejos metidos tabundados, con la mano en la mejilla y la otra enarbolada para tomar una pieza del ajedrez, sin atreverse á mudar definitivamente, permanecían horas enteras rodeados de otros concurrentes, que, igualmente silenciosos, quitaban tampoco la vista del tablero. El grupo de los que jugaban *dominó*, era, por el contrario, alegre y bul-

licioso: el ruido que hacían las fichas contra el mármol, la risa y la alegría de los jugadores, las críticas y conversaciones, un tanto pícaras, que se mezclaban entre el *seis doble* y el *cinco* y *cuatro* con que se quedaba el que perdía, las copas de coñac que saboreaban unos, ó la caliente taza de chocolate con *galleta untada* que tomaban otros, el ir y venir de los mozos de servicio, el ruido de los reales y pesos que se apostaban, en fin, todo daba á este café un aspecto de animación y de vida, difíciles de describir. Otro grupo era exclusivamente de fumadores y noticiosos: era aquello una verdadera cátedra de crédito público y de política revolucionaria: entre la nube de humo que envolvía á aquellos calaveras, volaba la reputación del coronel que había abandonado su cuerpo en la última campaña, la del ministro de Hacienda que acababa de estrenar una calesa con dos frisonos tordillos, la del empleado que compraba los recibos de las viudas para hacérselos pagar íntegramente en la siguiente semana, la de la muchacha que iba á la Comisaría los días de trabajo á recibir dos pesos de prorrateo, y los domingos salía á la misa de nueve de San Juan de la Penitencia con traje de á cien pesos: en una palabra, para saber la vida y milagros de la clase media, y aún de la aristocracia de México, no había más que ir un par de horas á la tertulia del «Progreso.» Es verdad que á las nueve de la noche era menester separarse mareado y confundido, cerciorado de que la fidelidad de las casadas es una teoría, la castidad de las doncellas un problema, el valor de los militares una quimera, y la honradez de los empleados públicos una adivinanza, una charada. Verdad es que ni los mismos tertulianos se perdonaban, ni dejaban de hacerse sus mutuos cumplimientos, pues

cuando se aproximaba un nuevo tertuliano, la vista de todos se dirigía á él.

—Dejen que se acerque, á ver qué mentiras nos cuenta Pancho, pues en su vida ha dicho palabra de verdad.

—Apuesto que nos cuenta algún nuevo desafío,—decía otro,—porque se come á los niños crudos, y quien lo ve tan alto, parece que es capaz de hacer algo, pero es como los gallos de Tepeaca, grande y correlón.

Pancho se acercaba en efecto, tomaba su silla, encendía su cigarro, y comenzaba por contar que tenía la mano medio dormida, de tanta puñada como había tenido que dar á un cochero que lo iba á volcar en el canal de la Viga, y después seguía echando truenos y bravatas, y los otros dándole cuerda, como suele decirse, para pasar el rato á su costa.

A la llegada de Pancho, seguía la de Joaquín: este Joaquín era un militar calavera, no del carácter triste y centrado de Manuel, sino buen vividor, alegre, pesado en sus chanzas, botador de dinero, lujoso en su manera de vivir, y lleno de deudas, que para no pagarlas, debía envejecer.

—Ahora sí se completó la tertulia: *este garbanzo hace falta en la olla*,—exclamó Pancho.—Cuenta, cuenta tus aventuras del domingo: ya te vimos en un coche del sitio, en compañía de unas muchachas llenas de flores. ¿De dónde venías?

—¿Y qué les importa? Vamos á ver,—contestó Joaquín riéndose.

—Apostamos á que una de ellas era tu tocaya Joaquinita.

—No hay que hablar de Joaquinita; punto en boca. Ya saben que esa es una muchacha pobre, pero con ma-

chísima honra... y basta sólo que ustedes tomen en boca á cualquiera persona, para que su reputación se pierda.

—¡Vaya! ahora sí creo que el mundo se va á acabar. ¡Tú defendiendo la reputación de las mujeres!—exclamó uno.

—Al fin es mi tocaya y mi comadre; pero dejemos eso, y ya les contaré quiénes eran las muchachas que me acompañaban el domingo; pero ahora quiero saber quién es aquel hombre grueso y cabezón que está allí sentado tomando café.

—Toma, es el incombustible.

—¡El incombustible! pues justamente deseaba yo conocer á este hombre tan extraordinario.

—¡Y cómo que lo es!—replicó Pancho.—Antes de anoche lo ví trabajar, y me quedé admirado; se come una ensalada hecha de estopas ardiendo, como tú te puedes comer una ensalada fresca de lechuga. Después coge los carbones encendidos, y se pega en la lengua un fierro enrojecido; en fin, se puede decir que juega con el fuego.

—¡Es admirable!—exclamó Joaquín,—la primera noche que haya función no faltaré, pero entre tanto, si á ustedes les parece, haremos con él alguna experiencia. ¿Creen ustedes que absolutamente le hace daño el fuego?

—¡Sobre que come lumbre! Lo hemos visto.

—Bien, en ese concepto nada aventuramos, ¿no es verdad?

—¡Pero qué diablos quieres hacer?

—Ya verán.

Joaquín sacó de la bolsa un puro habano muy grueso, lo encendió, comenzó á fumar, y así que tenía un clavo bien rojo y encendido, y más grande que el diámetro de un real, se levantó de su asiento, y rodeó la sala hasta

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N.
CAPILLA ALFONSO X
1771

ponerse de puntillas detrás del incombustible, que tranquilamente tomaba su café, como hemos dicho, y lo enfriaba con la cuchara por encontrarlo sin duda, muy caliente.

Así que llegó Joaquín detrás del comedor de lumbre, dió dos ó tres fumadas al puro para encenderlo más, y con el mayor acierto le pegó el clavo ardiendo en la oreja.

Apenas sintió nuestro hombre el terrible cáustico, cuando dió un salto, llevó la mano á su oreja, y con la otra, por la impresión del dolor, volcó la taza de café.

Joaquín volvió á colocar su puro en la boca, y se quedó tranquilo.

—Caballero, eso es un insulto, una grosería,—exclamó el hombre.

—Dígame usted, amigo mío,—le contestó Joaquín con la mayor urbanidad,—¿no es usted el incombustible que se come en el teatro un brasero ardiendo?

—Sí señor, es verdad, yo soy el incombustible,—contestó algo desconcertado, y tentándose siempre la oreja quemada,—pero...

—Entonces, ¿cómo había de creer que había de hacerle á usted daño con el clavo de un puro? Usted dispense, pero aquellos amigos se empeñaron...

Todos los tertulianos soltaron la carcajada de risa, y el pobre incombustible lo mejor que hizo fué llevarse á la broma, y salirse del café con su oreja chamuscada.

Celebraban todavía la gracia de Joaquín, y discurren todavía en jácara sobre la delicada y sensible piel del incombustible, cuando entró otro nuevo personaje que distrajo la atención de los tertulianos.

Era un joven alto, pálido, con un ligero bigote retorcido, y vestido elegantemente de negro.

—Me parece que es Arturo,—dijo uno.

—¡Imposible! Arturo está muy lejos de aquí. Hace tiempo que entre él y Manuel desmontaron una partida, y con ese dinero se marcharon á los Estados-Unidos á comprar algodón.

—¡Bah!—dijo otro,—¡qué papeles tan mojados tienen ustedes! ¡Qué algodón ni qué calabazas! El motivo del viaje del capitán fué robarse una muchacha de San Luis, y llevársela qué sé yo á qué hacienda de ella.

—Bien; sea de esto lo que fuere, nada tendría de extraño que Arturo y Manuel hubiesen vuelto.

—Es verdad, pero estamos disputando inútilmente. En un momento nos podemos desengañar; no hay más que llamarlo. Si en efecto es Arturo vendrá á formar parte de nuestra tertulia, y si no es, le pediremos una excusa.

—Apuesto una oreja á que esa persona es el Sr. Arturo,—dijo un jovencito muy elegante y que jugaba en sus dedos una varita.—Recuerdo que estuve con él en un baile de la casa de esa linda Florinda, que está ahora muy pobre y muy abatida. Sabrán ustedes que su marido, después de gastarle el dinero, cogió y se murió, y la dejó á un perecer. Verán ustedes, yo me encargo de la comisión.

El jovencito elegante se levantó de su asiento, y haciendo mil cortesías y reverencias, fué á hablar con Arturo, que volteado de espaldas á nuestro grupo de tertulianos, tomaba un sorbete de limón.

—Caballero,—dijo el jovencito,—en aquella mesa de enfrente tiene usted, al parecer, muchos y muy buenos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N.
 CAPITULA ALFONSIANA

amigos, algunos de ellos le han reconocido inmediatamente, mientras otros porfían que es usted un francés que acaba de llegar.

—¡Qué francesito ni que niño muerto!—contestó Arturo;—soy el mismo, y los viajes no me cambian tan fácilmente. Venga esa mano, y veo que nada ha variado desde que me ausenté de México, amigos y conocidos por donde quiera. Vamos á saludarlos con el mayor placer.

No fué necesario que Arturo se levantase de su asiento pues los tertulianos, vinieron á reunirse con él y con Josesito, que no era otro el joven que se decidió á hablarle para salir de la duda.

—Arturo, chico, qué mudado estás; has crecido, tienes ya un gran bigote, y pronto te nos presentarán las patillas. ¿Quién te conocerá entonces?

—¿De dónde sales, buena pieza?—le decía otro.—Salí y entré á México sin decir, ahí quedan las llaves... pero vaya, mucho nos alegramos de que estés con salud, aunque que muy pálido y muy delgado.

—¡Qué vista!—interrumpió otro,—¿Arturo pálido y flaco? Jamás lo he visto ni más gordo, ni más colorado.

—Sí, famoso, famoso,—prosiguió el otro,—pero ¿cómo tinúa tomando tu helado y te haremos compañía, á menos ser que tengas que hacer ó que estés ya de viaje... en caso te abandonamos.

Arturo correspondió á todos estos cumplimientos con apretones de mano, hizo sentar á sus amigos, llamó criado para que les sirviera helados y copas, y la tertulia se formó de nuevo en aquel lugar.

—Vamos, ahora que ya nos has saludado y reconocido, cuéntanos, ¿de dónde vienes?

—De Tampico,—contestó Arturo.

—¿Y qué dejas por Tampico? ¿Cómo encontraste á Valentín? Supongo que serás su amigo.

—¿El comandante general?—preguntó Arturo.

—Justo, el mismo, ¡qué fortuna de hombre! Estaba yo cansado de ser capitán cuando Valentín apenas era teniente, y ya lo tienes de comandante general de un puerto, donde se hace en poco tiempo mucho dinero, y á mí me tienen en el depósito con media paga.

—¿No sabes lo que contestó Ternel,—le interrumpió otro,—á un viejo patriota que fué un día á hacerle un alegato semejante?

—No, no sé.

—Amigo mío,—le dijo,—más corre un venado en una hora, que un burro en un día.

—Es decir,—replicó Andrés, que así se llamaba el militar,—qué Valentín es el venado?

—Pues claro.

—¿Entonces yo que soy?

Los tertulianos soltaron una carcajada.

—Bueno, bueno,—dijo Andrés,—ríanse ustedes á mi costa, que ya llegará mi día. No haya entonces incomodidad, pero dejemos esas bromas, que son algo pesadas, y oigamos lo que nos cuenta Arturo.

—Señores, si yo viniese de China ó de la India Oriental, seguramente que les contaría cosas muy entretenidas, pero de Tampico poco hay que decir; mucho calor, muchos moscos, muchos lagartos en el río, reguñares muchachas y fuertes tempestades en el mar. Por cierto que nada faltó para que fuese yo pasto de los peces.

—¿De veras?—dijeron todos,—¿y cómo estuvo eso?

cuéntanos. Para que veas, tú siempre tienes algo raro y nuevo que contar.

—Mejor diría triste y funesto,—prosiguió Arturo,— porque si yo no perecí por un milagro, no sucedió así con una persona que yo quería entrañablemente.

—¿Tu querida, no es verdad?—interrumpió Andrés.—Por eso estarás de luto.

—El luto lo llevo desde que perdí á mi madre, y me lo quitaré sino el día que sea feliz. Como eso es muy difícil, ya véis que tengo de por fuerza que estar vestido con elegancia.

—Deja esos recuerdos y cuéntanos lo del naufragio. ¿Quién fué la que pereció?

—Teresa, la que podría decirse ya esposa de Manuel.

—¿Pereció en la mar?—preguntaron todos con mucho interés.

—No precisamente, pues logramos salvarla, y la llevamos á su hacienda de la Florida, pero estaba tan ataquilada, tan enfermiza, que apenas pudo sobrevivir algunos días. Como yo no tenía ya otra cosa que hacer después de cumplir los últimos deberes, he regresado á México á ocuparme en mis propios asuntos. ¡Pobre muchacha! era hermosa y buena, la quería yo como si fuese mi hermana.

—¿Y el capitán?—preguntó Josesito.

—¡El capitán!... no sé realmente de su suerte. Un asunto lo obligó á salir de la hacienda una mañana temprano, y hasta ahora no tenemos ninguna noticia de él. Algunos de los que mandamos en su busca, dicen que lo encontraron en el camino de Querétaro, otros que regresó á Tampico, pero yo me temo que haya caído en alguna emboscada, porque á mi salida de San Luis

decía que había una banda de pronunciados que estaba cometiendo horrores. Vean ustedes: en poco tiempo he perdido á mi padre, á mi madre, y á dos de los mejores amigos; una parte de mi fortuna la he gastado, y otra me la han robado... pero, en fin, no falta nunca una onza en la bolsa para obsequiar á los buenos amigos que me han quedado, y que aun se acuerdan de mí.

Arturo tocó la mesa, todos querían pagar, y sacaron efectivamente dinero; pero él no lo permitió, y tirando una onza, que saltó en el mármol de la mesa, ordenó al criado que tomase el importe de lo consumido.

—¿Te vas?—le preguntaron sus amigos, observando que se ponía en pié.

—¡Ya ven ustedes! los cuidados que tengo encima no me permiten tener buen humor ni alegría, y por otra parte no podré descansar hasta tener noticias exactas de Manuel; para mí tengo que no lo volveremos á ver, pero es necesario cumplir con los deberes de un amigo.

—¿Qué fortuna de viejo avariento!—dijo Andrés.

—¿Qué viejo?—preguntó Josesito.

—Toma, el tutor de la hermosa Teresa; con la muerte de la muchacha, queda dueño absoluto de todos sus bienes, que no eran pocos. ¿Qué dices de esto, Arturo?

—Que es la verdad. Ni quien pueda reclamarle, pero yo con toda mi alma desearía que viviese Teresa, aunque no tuviese ni un octavo.

—¿Qué idea!—exclamó Josesito.

—¿Qué mosca te ha picado, Pepillo?—le preguntó Andrés.

—Nada, nada, me ocurre decir algunas palabras al Sr. Arturo, y lo acompañaré hasta la calle de Vergara.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N.
 CAPITULA ALFONSIANA

—Vamos, D. Serapio, ¿y usted por qué está tan encajado?

—Oigo y callo,—dijo Serapio, que era un viejo de anteojos con una peluca amarillenta.

—Apuesto á que de aquí se va en casa de su amigo D. Pedro á contarle esta noticia, y á ganar las albricias muy bien, si lo ve usted dígame de mi parte que es un viejo usurero, que yo me hubiera alegrado que él se hubiera muerto, que buenas ganas le tengo desde que me demandó por una miserable libranza de 200 pesos por la cual estoy pagando todavía un real semanario en cada peso.

—¡Qué boca, qué boca, de D. Andresito!—dijo el viejo retorciendo un cigarrito.

—Mucha razón tiene,—añadió Pancho,—y voto á Dios, que si á mí me hubiera pasado lo que á Andresito no queda ni polvo del viejo: creo que... vamos...

En esto, el criado trajo lo vuelto de la onza, Arturo recogió, y se despidió afectuosamente de todos sus amigos.

—¡Pobre muchacho!—dijeron,—hace un esfuerzo pero se le conoce que está triste. ¡Qué cabeza! Sólo con fuerza de contratiempos y de desgracias logrará asertarla.

D. Serapio montó bien sus anteojos en su gruesa nariz, retorció su cigarrillo, y se deslizó por entre la concurrencia sin despedirse ni decir una palabra.

Arturo salió del café seguido de Josesito.

CAPÍTULO XXII

Josesito

CREO que no me habrá usted olvidado, Sr. Arturo,—le dijo Josesito al salir de la puerta del café.

—Desde que usted me habló, he querido recordar su fisonomía... En efecto yo he visto á usted en alguna parte, pero...

—No es extraño que no me reconozca. Sufrí una grave enfermedad... unas heridas que me infirieron unos cobardes, que por poco no la cuento... no es extraño que esté desfigurado: afortunadamente no se me atravesaron á la cara.

—Con todo eso no puedo recordar...

—Vaya, daré á usted otras señas, y ya no le cabrá duda. ¿Hace usted memoria de una tertulia á que asistimos en casa de Florinda? Allí estaban unas jalapeñas muy guapas, y Aurora, que era la más linda de todas. Lo digo á fe de hombre, si yo hubiese tenido el dinero

CAPITULA ALFONSINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. N. A. N.

que usted, de seguro que le digo mi atrevido pensamiento. ¡Qué ojos de criatura! y ¡qué hombros tan moneados! ¡y el pié! ¡el pié! acaso usted no se lo había visto, pero yo siempre he aprovechado todas las oportunidades, y al sentarse, al levantarse, al bailar, he estado rígido al disimulo mis *vigiatas*... ¡Oh! pero no hay nada de un pié más pulido, chiquito, gordo como un tamalito cernido, y luego ¡qué medias tan finas! una tela de hilo no es todavía más ordinaria... Pero me iba distraiendo de mi objeto, que era el recordar á usted... esa noche ya muy tarde salimos juntos. Usted iba en compañía de ese maldito italiano, á quien no puede ver mi alma, que se llama Rugiero: siempre que puede, me echa ese humor bre unas sátiras, y me dice unas palabras... ¡vaya! parece que adivina mis pensamientos... y además, es más y perverso como el mismo diablo. No hace poco ha logrado seducir á una modista de la calle de Nuevo-México, que no es de malos bigotes, y la tiene, eso sí, muy bien puesta: buenos trajes, buenos anillos de brillantes y lo peor es, que al mismo tiempo ha seducido á una costurerilla, que parece un dulce, humilde, modesta y linda... Vea usted, en los ojos y en el color del pelo le da mucho aire á Aurora.

Arturo salió, en efecto, de mal humor del café, que las muchas preguntas que le hicieron los amigos molestaron; pero tan luego como Josesito, en medio de su charla continua é insustancial, le mentó el nombre de Aurora y el de las jalapeñas, se le vino á la memoria aquel tiempo feliz en que Aurora, Apolonia, Celestina, Florinda, Elena y Margarita eran su coro de náyades de ninfas, de diosas, que doraban su imaginación, y lo acompañaban en sus sueños, que alimentaban en

alma el fuego sagrado del amor, que soplaban en su existencia una brisa perfumada de juventud y de esperanza.

Estas deidades habían reinado en su corazón: los ojos de una, la dentadura blanca de la otra, las mejillas de rosa de la de más allá, los frescos y hechiceros atractivos de todas, habían cautivado un día, una semana, un mes, un año, su corazón ardiente y juvenil. Flores que el calor había marchitado, insectos de oro que habían muerto con el crepúsculo, mariposas de colores, que habían arrebatado los vientos helados del invierno. Es la edad feliz del hombre rápida y pasajera, como la estación de las flores: una mirada, una sonrisa, un beso recibido de una boca fresca y purpurina, tienen en los años primeros de la vida un encanto que no se puede definir. Pasan años tras de años, y el hombre no tiene más que cerrar los ojos, y concentrar su memoria, para figurarse que se encuentra en las orillas de ríos cristalinos, en medio de prados de rosas, de valles verdes y frescos, donde halló por primera vez en su vida un coro de mujeres, todas bellas, todas risueñas, todas amorosas y ardientes. Pero estas ilusiones, como el Edén perdido de nuestros primeros padres, pasan para no volver, y la realidad nos conduce á este ancho y solitario mundo, donde es menester regar la tierra con las lágrimas, que arrancan las enfermedades, los desengaños y los infortunios.

A medida que Arturo oía en la boca de Josesito los nombres mágicos que otro tiempo habían cautivado su alma, recorría insensiblemente una escala dolorosa de recuerdos inútiles y de esperanzas perdidas, y sin hacer caso de la sustancia de la conversación, se engolfaba en sus propios pensamientos.

Así, el uno hablando y el otro pensando, anduvieron dos ó tres calles, hasta que Josesito procuró sacar á su compañero de la distracción en que se hallaba.

—Parece, Sr. Arturo, que tiene usted alguna cosa grave que lo preocupa. He procurado refrescar la memoria de usted, y hasta ahora no me ha respondido si en efecto se acuerda usted de mí.

—Amigo mío,—le dijo Arturo con cierta efusión de ternura,—los nombres que ha mentado usted, han despertado en mí recuerdos que no sé si tienen más de treinta años de agradable: imposible era que dejase yo de haberlos en la memoria de usted, cuando precisamente todo se refiere á la época de mi mayor felicidad. Yo era entonces rico, vivían mi padre y mi madre, y el mundo me tenía más que ilusiones y sonrisas para mí; ahora todo ha cambiado, todo es diferente: he vuelto á México, me encuentro sin casa, sin asilo, sin queridas, sin nada de aquello que yo dejé. Parece que han transcurrido años y años, ó que como si fuese un extranjero, he llegado á una ciudad enteramente desconocida. He pasado, he vuelto á pasar por la casa de Aurora, y no observo más que tristeza y soledad: los balcones están siempre cerrados, aquel cochero Benito, que tanto quería á Aurora y á mí, no está en la casa; en fin, mis esfuerzos han sido hasta ahora inútiles para indagar lo que ha sucedido, en verdad cierto miedo me ha impedido entrar en la casa, y aun preguntar á personas que podrían darnos una razón.

—Bueno: puesto que ya sé los deseos de usted,—contestó Josesito,—le prometo que de aquí á dos ó tres días le daré á usted las noticias que pueda adquirir respecto de Aurora. He estado tan ocupado en mis propios asuntos,

que, la verdad, no he tenido ni tiempo ni humor para indagar los ajenos; pero ahora ya es otra cosa, y supuesto que á usted le importa, todo lo sabrá.

—¿Y Florinda? ¿vive, ó muere, ó se ha marchado á otra parte?

—Murió Pablo, y la dejó lo que se llama en un petate... ¡Bah! creí que ya eso se lo había contado á usted.

Quitó la casa de México y la de Tacubaya, hizo una venduta con los muebles, y se retiró á vivir á una casita de la calle Nueva. Yo la visito de vez en cuando, y ¿lo creerá usted? Pues está más hermosa que cuando la conocimos: aunque pobre, es tan aseada, tiene tanto gusto para vestirse, y es tan elegante y tan guapa, sobre todo desde que se murió ese tunante de Pablo, que después de gastarle cuanto tenía, le daba mala vida, me parece que ha engordado un poco. ¡Qué hombros tan redondos! ¡Qué pecho tan turgente, como dicen los poetas! Yo no pierdo oportunidad, ni de decirle algunas flores ni de echar mis *vigiatas*... Vea usted, el otro día entré en su casa, ella estaba en la recámara poniéndose un fichú, y con amabilidad de costumbre me dijo que la esperase; pero yo... vaya, desvié un poco la cortinilla de tafetán, y me puse á examinarla... ¡Oh, mon Dieu! y ¡qué garganta! y ¡qué cuello! y ¡qué pecho! y ¡qué brazos! Crea usted que si yo tuviera dinero, de veras le cantaba á la viudita.

—Veo que lo mismo que cuando nos conocimos, no desperdicia usted las ocasiones, querido Josesito,—le dijo Arturo.

—Qué quiere usted, Sr. Arturo, es menester en el mundo no darse á la pena, y aunque me ve usted así enamorado y hablador, mi pobreza, por una parte, cor-

ta el vuelo á mis empresas, y por otra, le confieso á usted con mucha vergüenza, que estoy loco, apasionado, y lo que es peor, celoso de una mujer que, la verdad, no me merece, y de un viejo, de un viejo que no puede competir conmigo, si no es porque tiene dinero y mucho más ahora que, según usted dice, se murió tutorada. ¡Canario! y qué buenos bigotes tenía; me acuerdo de ella como si la estuviese mirando. Pálida, ojos muy negros, y tan expresivos, que cuando miraban, herían el corazón; pelo muy negro, nariz bien hecha, y una boquita... ¡mon Dieu! El pié de Aurora, los hombros de Florinda y la boca de Teresa me desvelan todavía, y crea usted, si yo hubiera tenido proporciones, le canto de plano á Teresa, aunque no hubiera sido más que por hacer rabiar al viejo.

—¡Con mil diablos!—dijo Arturo,—es cosa de perder la paciencia con usted. Todo se lo pregunta usted, todo se lo responde, y jamás acaba de contar una historia.

—Tiene usted mil razones, Sr. Arturo, pero, qué quiere, mi cabeza es un volcán, y mi corazón una hoguera, y tengo tantos pesares, que deseo un amigo, así como usted, con quien desahogarme. Interesa mucho á usted tal vez más que á mí, que escuche mi historia, sepa mis amores, y como hombre de más mundo, me dé consejos y me ayude, que yo á mi vez le prometo cooperar á todo lo que se le ofrezca con Aurora, con tal de que algo le hagamos á este viejo que me tiene sin sosiego sin vida.

Como Arturo estaba tan vivamente interesado en conocer los acontecimientos relativos á Aurora, y procuraba una manera de indagar todo lo que pudiese

respecto de D. Pedro, acogió con el mayor entusiasmo la proposición de Josesito.

—Con mucho gusto,—le dijo,—escucharé la historia, y ayudaré en lo que pueda: desde ahora, queda celebrada una alianza entre nosotros. No habrá secreto que no me revele usted respecto á D. Pedro y á Aurora; y en cambio, le prometo tomar una parte tan activa en sus asuntos, que desde ahora le pronostico que saldrá bien en todas sus empresas; pero hemos ya dado más de tres vueltas por la calle de Vergara, y el marido ó amante de la lecherita, que está frente al teatro, parece que está alarmado al ver rondar por la calle á dos mozaletes. Vamos á dar un paseo por las Cadenas, allí nos sentaremos á fumar, y escucharé una historia que me parece será maravillosa.

—Gracias, mil gracias por tanta bondad, señor Arturo,—exclamó Josesito:—no me había yo atrevido á proponer una alianza formal; pero puesto que usted me lo ha indicado, le juro que desde este momento soy todo suyo... ya verá usted como le soy más útil que lo que de pronto se figura.

—Una condición precisa es menester, antes de celebrar esta alianza, y es que ha de haber firmeza y valor para llevar á cabo una decisión que se tome, porque preveo que tendremos lances muy críticos y muy comprometidos.

—¡Valor! valor no me falta, señor Arturo; dinero, dinero es lo que nunca he tenido. Ya veis, un hombre que se expone á luchar con más de diez hombres armados con puñales... y toda mi desgracia fué que la maldita pistola no dió fuego. Si no, corren más pronto...

—También ha de ser condición que no ha de haber

muchas digresiones, porque entonces no acabaremos nunca, y es menester que tenga usted presente que, según lo que resulte de nuestra conversación de esta noche, pronto tendremos que entrar en campaña.

—Como usted guste, señor Arturo: ya le he dicho que soy todo suyo, y con la confianza de un amigo le suplico que me dé un tirón en la levita cuando me desvíe de mi objeto.

En esto los dos amigos llegaron al atrio, cuando sonaban pausadamente las nueve en el reloj de la Catedral.

CAPÍTULO XXIII

Celestina y Josesito

LA noche en que pasan estos acontecimientos no era de esas serenas y tranquilas en que la luna llena alumbra, con su azulada y melancólica luz, á multitud de muchachas que se pasean y dan vueltas por la ancha acera que rodea el atrio de la Catedral, sino por el contrario, oscura y un tanto tempestuosa. Las estrellas brillaban con incierto y trémulo fulgor, y á veces se cubrían enteramente con gruesos nubarrones, que venían al parecer rozando las azoteas del Palacio y de las Casas Municipales. Los relámpagos se sucedían en el horizonte, y de vez en cuando el viento húmedo traía algunas gotas de agua.

En el Palacio se veían iluminados tres ó cuatro balcones: en la puerta aparecían dos centinelas, inmóviles y envueltos en sus capas azules; y rasgando la masa confusa de sombras que parecía posaban sobre el centro de

CAPITULA ALFONSIANA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. N. A. V.